para sus deseos; porque creyó que aquellos humos no podían ser sino de gente moradora de aquellos lugares, y que cuando fuese poca daría cuenta del suceso de la demás; y con esta confianza volvió a Xoloc, donde su padre estaba con mucho cuidado, aguardando su venida, por enterarse de lo que por la tierra había.

CAPÍTULO XVIII. *De cómo volvieron Nopaltzin y los capitanes exploradores de la tierra a dar noticia de lo que habían visto al chichimeca Xolotl; y se dice el excesivo número de gente que Xolotl trajo*

uando Xolotl envió a su hijo el príncipe Nopaltzin a explorar la tierra (por la parte del mediodía, más declinada al oriente), despachó también otros ciertos capitanes, por estotra del mediodía (que se declina más al occidente) los cuales llegaron a un sitio, que dista ahora de la ciudad de Mexico dos leguas (llamado Tenanyucan); y considerado el sitio y habiendo visto ser bueno para su vivienda, se volvieron a su señor Xolotl a darle razón de lo que habían visto. Fue su venida al mismo tiempo que el príncipe Nopaltzin, su hijo, había también vuelto de su jornada; y habiendo dado todos razón y noticia de lo que les había sido encomendado, fueron muy bien oídos del gran cacique y señor, que les había enviado. Y entre otras razones que el príncipe dijo a su padre, fueron éstas: yo fui (señor) a lo que me enviaste y entre cosas particulares de que hice memoria, fue una gran laguna que vi y a sus orillas, aunque en alguna distancia apartado, vi muchas cuevas y a la otra parte de ella vi humos, que me dieron a entender haber gentes en aquellos lugares. La tierra es buena y muy dispuesta para nuestra morada; y habiendo tomado Xolotl razón de la tierra, así de los unos como de los otros, mandó que el príncipe su hijo y los otros, que habían salido por estotra parte, consultasen entre sí y deliberasen el estalaje que más a cuento les estuviese para su vivienda. Y habiendo dicho unos y otros las condiciones de los sitios y tierras que habían andado y visto, quedó entre todos decretado que la de Tenayucan era por entonces mejor y más acomodada; y siguiendo esta determinación movieron las familias de aquel lugar, llamado Xoloc, y a pocos días llegaron a este dicho de Tenayucan, donde el gran chichimeca Xolotl, escogiendo morada para sí, en lo cavernoso del lugar, fue repartiendo los demás sitios a todos los de sus familias.

Si quiero pasar adelante sin numerar la gente que llegó a este sitio, hago agravio a la historia (siendo de ella decir su número) y si lo refiero temo que ha de ser increíble; pero como no son estas razones de ingenio que engendran opinión, sino cosas que hallo escritas (si las pinturas antiguas están verdaderas y no mendosas) dicen que fue esta poblazón, por aquellas cuevas y lugares, de más de un millón de gentes; porque demás de seis

reyes y señores, que venían con Xolotl, eran los otros menos principales y capitanes más de veinte mil; los cuales traían a su cargo, cada uno, más de mil personas a quienes mandaban Xolotl y los otros seis señores que con él habían salido de sus reinos y provincias. Y porque las orejas del prudente y discreto lector no se escandalicen, pareciendo el número demasiado, digo que allí cerca del pueblo, que ahora es llamado Tenayucan (que fue cabeza entonces de este tan gran reino) está un lugar donde hay doce cerrezuelos de piedrecillas, que son las que se juntaron cuando se contaron, llevando cada uno una y arrojándola en el montón, que vistos, parece espanto; y considerado que cada una de aquellas pedrezuelas había echado cada uno de ellos no se hará dificultoso de creer ser el número de la gente tan grande como se ha dicho y así se puso aquel lugar por nombre Nepohualco, que quiere decir contadero.

Otra razón hay que obligue a creer que sería mucho este número de gente, que para mí es muy fácil; y es saber que esta gente chichimeca venía en busca de los moradores de la tierra, con determinación y ánimo de hacerles guerra (como a mortales enemigos) y si para vencer al enemigo fuera de su casa son menester fuerzas, en ella serán necesarias dobladas; y así es creíble que viniesen en tan crecidos y cuantiosos escuadrones como aquellos que no sólo pretendían hacer rostro, sino vencer y después quedarse por señores de la tierra.

CAPÍTULO XIX. *De cómo despachó Xolotl al cacique Acatomatl con una copiosa compañía de gente a descubrir todas las riberas de la laguna; y de la razón con que volvió*

O HAY CONTENTO que lo lea cuando se presume que no hay seguridad en poseerle. Por esta causa, aunque había mostrado Xolotl tenerle en la posesión del buen lugar y sitio que había hallado para su morada, vivía con recelo de perderle (o al menos de gozarle con zozobras y sobresaltos) si acaso había otros poseedores más antiguos que pudiesen oponérsele y hacerle guerra por quitárselo; y cuidadoso de saberlo y deseoso de asegurarse en la posesión de su nueva población llamó a un señor, llamado Acatomatl (uno de los seis mayores que con él habían venido) y dándole una buena y copiosa compañía de gente, le mandó que fuese a descubrir todas las tierras y riberas de la laguna que correspondía a su población por la parte del mediodía; el cual obedeciendo su mandato movió con su gente luego, y llevando en la memoria la noticia de los humos que el príncipe Nopaltzin había visto, destinó su camino hacia aquellas partes (que ahora tienen por nombre Chapultepec, bosque de recreación de los príncipes y virreyes que gobiernan esta Nueva España y dista de la ciudad de Mexico, poco menos de una legua). Llegado, pues, a este lugar encontró con uno de los antiguos tultecas llamado Ecitin, cuya mujer se llamaba